

Ernesto Quesada: una trayectoria en transición. La escritura de la historia familiar y la construcción de la historiografía en Argentina

Ernesto Quesada: A Trajectory in Transition. The Writing of Family History and the Construction of Historiography in Argentina

Dante Barbato
Instituto Ravignani
Universidad de Buenos Aires
(República Argentina)
barbatodl@gmail.com

Resumen

En este artículo analizaremos algunas intervenciones historiográficas de Ernesto Quesada (1858-1934) que nos permiten dar cuenta de su derrotero entendido como una trayectoria en transición entre la escritura de la historia familiar y la producción de una imagen novedosa sobre los gobiernos de Juan Manuel de Rosas. Este desafío intelectual se apoyaba en un conjunto de reglas y métodos renovadores que ayudaron a dar forma al dificultoso proceso de construcción del campo historiográfico en Argentina. Nos centraremos en el uso dado por Quesada a las fuentes documentales, la forma de acceder a los archivos privados en ese momento de frágil institucionalización de la historiografía y su ingreso al debate sobre el pasado nacional.

Palabras clave

Ernesto Quesada, historiografía argentina, memoria familiar, renovación metodológica, archivo, Juan Manuel de Rosas.

Abstract

In this article we shall examine some historiographic activities made by Ernesto Quesada (1858-1934) that show us his trajectory understood as a transition between the writing of family history and the production on a new image of Juan Manuel de Rosas' governments. This intellectual challenge was based on a set of rules and renewal methods that helped shape the difficult process of construction of the historiographic field in Argentina. We shall focus on the use of some documentary sources by Quesada, the way of accessing to private files at that time of fragile institutionalization of historical studies, and his joining to the discussion on the national past.

Keywords

Ernesto Quesada, Argentine historiography, family history, methodological renewal, files, Juan Manuel de Rosas.

Introducción

Ernesto Quesada (1858-1934) fue una figura peculiar en el desarrollo de una historiografía aún en vías de institucionalización y en la construcción de las ciencias sociales en Argentina durante el período que abarca entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del siguiente. Su amplia y novedosa producción académica, en la que sobresalen trabajos de Historia, Sociología y Derecho y sus vínculos académicos en Europa, lo ubicó en un lugar destacado en la intelectualidad de cambio de siglo. Sus contribuciones en el campo de la historiografía, que son las que nos interesan, dan cuenta de una escritura del pasado que combinaba la elaboración de la memoria familiar y la incorporación de reglas que ayudaron a dar forma al proceso de construcción de una historiografía en Argentina.

Algunos estudios clásicos se ocuparon de situar la figura de Quesada en el largo proceso de construcción de la historiografía en Argentina.¹ También fue estudiado en obras más recientes desde perspectivas renovadoras,² y en otras que forman parte de estudios más amplios³ a partir de la indagación de la trayectoria académica y familiar de los Quesada.

Otras producciones han situado la experiencia académica de Ernesto Quesada en relación al desarrollo de las Ciencias Sociales y la cultura científica en Argentina;⁴ mientras que también fue pensado como producto del enfoque reformista institucional propio del cambio de siglo.⁵ De acuerdo con la amplitud de su desarrollo académico y su trayectoria de vida, también ha sido estudiado a partir de su experiencia y sus vínculos culturales en Alemania⁶ y la creación del Instituto Iberoamericano de Berlín.⁷

¹ Rómulo Carbia, *Historia de la historiografía argentina*. Vol. 2 (La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1925); Miguel Ángel Scenna, *Los que escribieron nuestra historia* (Buenos Aires: Ediciones La Bastilla, 1976); José Pérez Amuchástegui, “El historiador Ernesto Quesada”. En *La Argentina del Ochenta al Centenario*, de Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (Buenos Aires: Sudamericana, 1980).

² Olga Echeverría, “Volver a Rosas: los intelectuales autoritarios y la compleja herencia positivista en la rehabilitación histórica del rosismo”. *Anuario IEHS* (1997): 443-467; Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 2009); Alejandro Eujanian y Alejandro Cattaruzza, “La cuestión de Rosas a fines del siglo XIX: Saldías y Quesada”, en *El brote de los géneros. De la Historia crítica de la literatura argentina*, Vol. 3, edición de Alejandra Laera (Buenos Aires: Emecé, 2010).

³ Pablo Buchbinder, *Los Quesada: Letras, ciencias y política en Argentina, 1850-1934* (Buenos Aires: Edhasa, 2012).

⁴ Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires de fin de siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000); Martín Bergel, “Ernesto Quesada o la ciencia como vocación”. *Políticas de la Memoria*, no. 8/9, 2008: 183-192; Diego Pereyra, “Sociología e investigación social en la obra de Ernesto Quesada. Algunas reflexiones sobre la repercusión internacional de sus ideas y el desarrollo de las ciencias sociales en Argentina”, *Políticas de la memoria*, no. 8/9, (2008): 192-202.

⁵ Eduardo Zimmermann, “Ernesto Quesada, La Época de Rosas, y el reformismo”, en *La historiografía argentina en el siglo XX*, edición de Fernando Devoto (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1993), 37-63.

⁶ Thomas Duve, “El contexto alemán del pensamiento de Ernesto Quesada”. *Revista de Historia del Derecho*, no. 30 (2002): 175-199.

⁷ Reinhard Liehr, “El fondo Quesada en el Instituto Iberoamericano de Berlín”. *Latin American Research Review* 18, no. 2 (1983): 125-133; Lila Bujaldón de Esteves, “Ernesto Quesada y Alemania: Un modelo de filia cultural”, *Ibero-amerikanisches Archiv* 16, no. 2 (1992): 261-272; Dietrich Briesemeister, “El Instituto Iberoamericano de Berlín”. *Libros de México*, no. 36 (1995): 53-56; Sandra Carreras,

Nos interesa indagar en el uso dado por Quesada a las fuentes documentales en función de dotar de sustento a sus argumentaciones historiográficas y en el modo en que accedió a los archivos, en un momento en el cual las obras sobre el pasado se producían en buena medida a partir de documentos que estaban en manos de privados cuyo acceso derivaba de vínculos familiares, personales, políticos y de amistad.⁸ También nos interesa poner el foco en su conceptualización sobre la época de Juan Manuel de Rosas⁹ (1793-1877) y sus indagaciones sobre el período de las guerras civiles, en las que se entremezclan el deber de escribir su memoria familiar y la incorporación de reglas y prácticas que ayudaron a dar forma a la historiografía argentina. En Quesada se combinan estos dos desafíos, dado que por medio de vínculos familiares había heredado el archivo personal del general rosista Ángel Pacheco¹⁰ (1793-1869) que fue la base para sus trabajos sobre el período rosista.

Trabajaremos con una parte de la vasta producción académica de Ernesto Quesada; aquella dedicada a estudiar el período de los gobiernos de Juan Manuel de Rosas y de las guerras civiles. El recorrido de Quesada por el pasado nacional se inaugura en 1893 con la publicación del libro *La Decapitación de Acha. El historiador Saldías y el general Pacheco*, al que le sigue una gran cantidad de trabajos monográficos sobre las guerras civiles,¹¹ referidas al período crítico 1840-1841 los cuales fueron publicados en *Revista Nacional*, *La Biblioteca*, *El Tiempo*, *La Quincena* y la *Revista del Círculo Militar*.¹² Este período fructífero se cierra en 1898 con su libro más destacado, *La Época de Rosas. Su verdadero carácter histórico*. Nos detendremos principalmente en *La Decapitación de Acha*, de 1893 y en su obra *La Época de Rosas* de 1898 puesto que constituyen dos momentos de su producción intelectual y nos habilitan a indagar en los objetivos que nos hemos propuesto.

Es sabido que las intervenciones que abordamos se sitúan en un momento de ausencia de un campo historiográfico propiamente dicho. Las polémicas se libraron en un espacio cultural en el que aún estaban ausentes reglas que definían el funcionamiento de un ámbito académico con límites claros entre la política y la tarea intelectual. Las disputas historiográficas contribuyeron a conformar un espacio en cierta forma

“Spengler, Quesada y yo...” Intercambio intelectual y relaciones personales entre la Argentina y Alemania”, en *Sin fronteras: encuentros de mujeres y hombres entre América Latina y Europa (siglos XIX-XX)*, edición de Eugenia Scarzanella y Mónica y Raisa Schpun (Frankfurt am Main: Vervuert/Madrid: Iberoamericana, 2007), 43-64.

⁸ Sobre este aspecto se sugiere Pablo Buchbinder, “Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana E. Ravignani*, no. 14 (1996): 23-37.

⁹ Juan Manuel de Rosas fue gobernador de la provincia de Buenos en dos ocasiones, entre 1829-1832, cuando lo hizo a través de las facultades extraordinarias y entre 1835 y 1852 cuando fue investido con la suma del poder público. En ambos mandatos se constituyó en el hombre fuerte de la Confederación Argentina a través de la delegación de las Relaciones Exteriores por parte de los mandatarios provinciales.

¹⁰ El General Ángel Pacheco fue un militar destacado con experiencia en las guerras de independencia que ocupó un lugar central en la estructura militar durante las gestiones de Rosas. Lideró diversas campañas militares contra los adversarios en las que el gobierno de Rosas obtuvo victorias clave.

¹¹ En esta saga también se ubica *La batalla de Ituzaingó*, de 1893.

¹² Estos trabajos fueron publicados en formato de folletines, estudios sueltos o artículos. Sobre esto ver Quesada, *La Época de Rosas. Su verdadero carácter histórico* (Buenos Aires: Arnoldo Moen, 1898), pp. 5-7.

delimitado respecto de otras ramas del conocimiento pero que sin embargo encontró una institucionalidad bastante débil y aún en vías de construcción.¹³

Las producciones de Quesada constituyeron un aporte significativo a la construcción de la historiografía en lo que respecta a su acceso al debate historiográfico, a su pretensión por fijar reglas del oficio y prácticas específicas. A partir de los papeles privados del General Pacheco tuvo la tarea de escribir un relato reivindicador de este personaje y construyó una mirada novedosa sobre la figura de Rosas y el rosismo, en un momento en el cual seguían dominando imágenes condenatorias sobre ese pasado reciente. Esta reescritura que implicaba la rehabilitación de la figura de Rosas fue el argumento empujado por algunos estudiosos e intelectuales durante el siglo XX para incluir a Quesada en la amplia tradición revisionista que se inaugura hacia la década de 1930.¹⁴

En primer lugar nos vamos a detener en la biografía de Quesada, la cual estuvo marcada por el vínculo con su padre Vicente y por sus intercambios culturales con Alemania. Luego haremos un análisis sobre la construcción de los argumentos historiográficos de Quesada y su uso de los documentos, a los cuales accedió por medio de lógicas informales que dominaron el ejercicio intelectual durante esa época. Así, nos referiremos a parte de su producción intelectual entendiéndola como un deber familiar, la cual habilitó su acceso a la polémica historiográfica por medio de *La Decapitación de Acha*. Finalmente, abordaremos algunos aspectos conceptuales que se afirman en su clásica obra *La Época de Rosas* de 1898 pero que ya se habían insinuado en sus primeros escritos.

Una trayectoria de varios recorridos: la biografía de Ernesto Quesada

Ernesto Quesada nació en Buenos Aires en 1858 y fue el único hijo de Vicente Gregorio Quesada (1830-1913) y Elvira Lorenza Medina de la Iglesia (1840-?). Desde sus inicios, Ernesto se vio influenciado por la carrera profesional de su padre, a quien, desde muy joven acompañó en su extenso itinerario diplomático. En uno de esos viajes, en 1873 y con apenas quince años, tuvo la posibilidad de entrevistarse con Rosas en su exilio en Southampton. Este encuentro, como veremos, permeó su interpretación sobre el período y sobre el líder federal.

Ernesto Quesada inició sus estudios en un liceo de Dresde durante 1873 y 1874 y desde ese momento su vida comenzó a dividirse entre Argentina y Europa, principalmente Alemania donde se nutrió y se actualizó académicamente. A partir de allí surge un vínculo inquebrantable entre Quesada y la cultura alemana que dominó su trayectoria personal y académica. Luego de esta estadía regresa a la Argentina para asistir a sus estudios en el Colegio Nacional de Buenos Aires y entre 1877-1878 reemplazó esporádicamente a su padre en la dirección de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

¹³ Para esto puede verse Alejandro Eujanian y Alejandro Cattaruzza, *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960* (Madrid: Alianza, 2003).

¹⁴ Por ejemplo, de la corriente revisionista, José María Rosa se filia con Quesada y con Saldías (José María Rosa, *El revisionismo responde* (Buenos Aires: Ediciones Pampa y Cielo, 1964). También Scenna incluyó a Quesada como iniciador de esta tradición Miguel Ángel Scenna, *Los que escribieron nuestra historia 1976* (Buenos Aires: Ediciones La Bastilla, 1976).

Tras cursar unos años en la Facultad de Humanidades y de Derecho en la Universidad de Buenos Aires (UBA) emprendió un segundo viaje a Europa para asistir a algunos cursos universitarios durante los años 1879-1880, en Leipzig, Berlín y París, donde tomó cursos con intelectuales de la generación del 60 como Ernest Renan (1823-1892) y Fustel de Coulanges (1830-1889). De regreso a Buenos Aires, se graduó en Derecho en a principios de la década de 1880 y durante algunos años se encargó de dirigir la *Nueva Revista de Buenos Aires*. Esta publicación había sido creada por su padre Vicente y desde allí, Ernesto propuso plasmar su experiencia cultural europea.

En 1883 contrajo matrimonio con Eleonora Pacheco, una de las nietas del general rosista Ángel Pacheco. El acceso a los papeles de Pacheco habilitó una producción intelectual que lo catapultó en la polémica sobre el pasado nacional. En la década de 1890 se concentró fuertemente en la investigación de temas sobre el período que Quesada denominaba la "Edad Media argentina". Esta etapa correspondía con el período abierto con la crisis de 1820 y culminaba con el proceso de la organización nacional en torno a 1852.

Durante la década de 1880 había comenzado a definir un perfil intelectual que afirmó durante la primera y la segunda del siglo XX por medio de su ingreso a la docencia universitaria y con la producción de investigaciones que desde una mirada sociológica aportaron al debate sobre los problemas derivados del proceso de modernización que atravesaba la sociedad argentina por esos años.¹⁵

Su carrera como profesor universitario se inició en 1905 cuando inauguró la Cátedra de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. En 1907 accedió como docente a la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). En 1909 y a pedido de su amigo Rodolfo Rivarola, decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la UNLP, inició su visita por varias universidades alemanas para elaborar un informe sobre la enseñanza de la historia en las universidades de ese país.¹⁶

Además de su actividad como abogado se desempeñó en el ámbito del poder judicial, como fiscal en lo criminal y de cámara, juez en lo civil e incluso en un breve período llegó a ocupar cargos en la función ejecutiva como intendente del partido bonaerense de San Miguel. El ejercicio de su profesión en el ámbito de la justicia parece haber permeado su labor historiográfica por medio de su riguroso trabajo de interrogación a las fuentes documentales.

Sus fluidos vínculos académicos y culturales en Alemania, así como su segundo matrimonio con la periodista y escritora alemana, Leonore Niessen-Deiters (1879-1939), influyeron en la decisión de concretar su estadía definitiva en ese país para desempeñarse como profesor de la Universidad de Berlín y senador de la Academia Alemana en Múnich. Se estableció en Suiza definitivamente donde permaneció hasta el final de sus días, en 1934, alejado de sus vínculos culturales con Argentina. En cuanto a esa decisión de radicarse en Europa podría creerse que fue su afición hacia la figura de

¹⁵ Puede verse Oscar Terán, *Vida intelectual*; Paula Bruno, "Vida intelectual de la Argentina de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Un balance historiográfico". *POLHIS. Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política* (2012): 69-91.

¹⁶ A partir de esa experiencia, a su regreso publicó su informe, La enseñanza de la historia en las universidades alemanas Ernesto Quesada, "La enseñanza de la historia en las universidades alemanas", *Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines* 9, no. 25 [1911]: 48-55.

Juan Manuel de Rosas lo que lo llevó hacia la marginación y la exclusión del círculo cultural argentino. Sin embargo, la reivindicación de Quesada a Rosas fue bastante inicial en su larga y compleja carrera académica.¹⁷

El archivo familiar y la escritura del pasado nacional

Durante el período 1893-1898, Quesada se concentró en el estudio y en la publicación de sus investigaciones sobre el período de las guerras civiles y la época de Rosas. Como dijimos, para estas producciones se apoyó en el archivo del General rosista Ángel Pacheco (1793-1869). La herencia del archivo personal familiar fue empleada en función de rehabilitar y legitimar la figura del abuelo de su esposa. Así declaró su interés por la construcción de la memoria de su familia política:

Corre por las venas de mis hijos, la sangre de aquel patricio ilustre, brillante guerrero de la Independencia, militar pundonoroso y altivo, oficial distinguido si los hubo, vencedor en diversas batallas, siempre al servicio de la bandera nacional (...). Tengo a mi disposición su archivo personal, y en las quince mil piezas que lo forman, he podido, convencerme de que no mentía la tradición oral que representa a aquel viejo guerrero como soldado de escuela y hombre de los procederres mas rectos y mas intachables".¹⁸

Las obras que surgieron de ese archivo fueron publicadas en formato monográfico en diversos periódicos durante el período 1893-1898 y luego formaron parte de la colección "*Época de Rosas*", publicada entre 1926 y 1927.¹⁹

El acceso y el tratamiento de estas fuentes le permitieron polemizar con el historiador Adolfo Saldías por medio de su primer libro sobre la historia de las guerras civiles, *La Decapitación de Acha. El historiador Saldías y el general Pacheco*, publicado en 1893.²⁰ Allí Quesada propone limpiar la reputación del general Pacheco puesto que se le adjudicaba la ejecución del militar unitario Mariano Acha (1799-1841) y esto había constituido un estigma familiar que llevará a los descendientes del militar rosista a una tarea de defensa pública. Antes de seguir conviene hacer algunas aclaraciones sobre algunos hechos bastante conocidos por la historiografía argentina. La conexión entre Pacheco y Acha se remonta hacia 1828, cuando el líder unitario Juan Lavalle (1797-1841) invadió la provincia de Buenos Aires y desplazó al gobernador federal Manuel Dorrego (1787-1828). Mariano Acha (1799-1841) junto con su jefe Bernardino Escribano (1790-1834), quienes estaban a las órdenes de Pacheco, se le sublevaron y lo arrestaron junto al gobernador. Dorrego fue fusilado el 13 de diciembre de 1828 en Navarro,²¹ mientras que Pacheco continuó arrestado poco tiempo más bajo el argumento de que se debía evitar que tomara venganza contra sus captores.

¹⁷ Por cuestiones referidas con los objetivos del trabajo no ahondaremos en esta dimensión.

¹⁸ Quesada, Ernesto. *La Decapitación de Acha. El historiador Saldías y el general Pacheco* (Buenos Aires: Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, 1893), 8.

¹⁹ La cual estuvo encabezada por *La Época de Rosas* como tomo 1 y seguida de "*Lamadrid y la coalición del Norte*", "*Pacheco y la campaña de cuyo*", "*Lavalle y la batalla de Quebracho Herrado*" y "*La Decapitación de Acha*". Quiso incluir estos trabajos monográficos en una Historia de las guerras civiles dividida en tres tomos pero que nunca llegó a publicarse como tal y su forma más parecida fue la edición de *Época de Rosas*, publicada entre 1926 y 1927.

²⁰ Su segunda publicación fue en 1916 por la Universidad de Córdoba con el título "*La guerra civil de 1841 y la tragedia de Acha*".

²¹ Puede verse Raúl Fradkin, *¡Fusilaron a Dorrego! o cómo un alzamiento rural cambió el rumbo de la historia* (Buenos Aires: Sudamericana, 2008).

Años más tarde, luego de su rendición y pese a la promesa de respetar su vida, Acha fue ejecutado en septiembre de 1841. El suceso se produjo tras el enfrentamiento entre las fuerzas de la Confederación rosista y las de la Coalición del Norte en la batalla de Angaco. Luego de la ejecución, la cabeza de Acha fue expuesta en una pica en las cercanías de la posta de la Cabra, en la provincia argentina de San Luis.²²

En su *Historia de Rozas y de su época*, cuyo primer tomo fue publicado en 1881, el historiador Adolfo Salías (1849-1914) le adjudicó la ejecución de Mariano Acha al General Pacheco.²³ En la reconstrucción de los hechos, Pacheco aparece junto a Acha, lo que lleva al historiador a concluir que el general rosista era el autor de la muerte del militar unitario. Para Quesada, Saldías se trataba de “un panfletista (...) que ha tratado con una saña singular, con una fiereza terrible, a una de las figuras más puras, más distinguidas, y más altivas de aquel tiempo: me refiero al General D. Ángel Pacheco”.²⁴ En esta operatoria, Quesada también apuntó contra el historiador oriental Antonio Díaz, que en su *Historia política y militar de las repúblicas del Plata desde el año de 1828 hasta el de 1866*, del año 1878, sostuvo que Acha había sido ejecutado por el militar rosista sin la orden de Rosas. La interpretación de Díaz fue tomada luego por el historiador Antonio Zinny en su *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas 1810-1881*, publicada en 1881.

Luego de *La Decapitación de Acha*, Saldías no respondió a la polémica abierta por Quesada e incluso en sus ediciones posteriores de *La Historia de la Confederación* sostuvo la responsabilidad de Pacheco. Sin embargo, en la parte inicial de su libro, Quesada reconoció en Saldías el mérito de estudiar el período rosista sin los prejuicios partidistas y sin el *odio ciego* de sus adversarios.

Para Quesada, esta lectura independiente de las disputas partidistas parece haber sido un rasgo de aquellos estudiosos del pasado que habían nacido o se habían criado luego de la caída de Rosas en 1852. De este modo, quedaban habilitados para reescribir un pasado nacional en un marco de pasiones que aún permanecían vigentes. En esta tarea, el uso de los archivos privados ocupa un lugar crucial. En *La Decapitación de Acha*, Quesada se encarga de afirmar que hay archivos que se mantienen “guardados con esmero y otros apenas entreabiertos con meticulosa prudencia”.²⁵ Lo que nos deja esta cita es la necesidad de bucear en los documentos privados para recuperar algunos aspectos del pasado que no terminan de quedar muy claros ante las fuentes oficiales disponibles. Además, el problema de la documentación que encontraba nuestro intelectual para el estudio del período era que se topaba con las interpretaciones de los adversarios a Rosas que buena medida eran las que nutrían las producciones historiográficas desafiadas por Quesada.

En este plano reside uno de los rasgos centrales en la operación intelectual de Ernesto Quesada, el uso de los documentos familiares en función de limpiar la memoria familiar. Según su mirada, el uso de esos fondos debía permanecer en manos privadas puesto que aún no se había logrado la “calma requerida para estudiar ese proceso con

²² Actualmente se encuentra la localidad de La Jarilla.

²³ El libro fue reeditado en tres tomos en 1892 con el título de *Historia de la Confederación; Rozas y su época*.

²⁴ Ernesto Quesada, *La Decapitación de Acha*, 7.

²⁵ *Idem*.

imparcialidad”.²⁶ Por este motivo, desechaba la posibilidad de ceder esos documentos a archivos públicos y abogaba por mantenerlos bajo el reguardo de la familia.

En esa tarea, nuestro intelectual asume un esfuerzo por limpiar el estigma familiar por medio de la labor de un abogado. Quesada proclamaba que debía “desarrollar la tarea de fiscal de la historia”,²⁷ lo que supone la acumulación y la indagación de la mayor cantidad de pruebas posibles. La apuesta de Quesada pretendía superar la simple tarea de lo que él llamaba los “papelistas”, en referencia a quienes se limitaban exclusivamente a la colección y la publicación de documentos sin ninguna interrogación y ofreciendo una imagen tergiversada de los sucesos históricos.

La Decapitación de Acha no solo permite la rehabilitación de la figura de Pacheco y su acceso al debate historiográfico. Creemos a su vez que *La Decapitación de Acha* se puede entender más allá de un trabajo reivindicatorio y de limpieza de la memoria familiar. Tal vez sea susceptible de ser pensando como un buen ejemplo de una obra biográfica preocupada por la intervención de un sujeto clave de la historia del rosismo.

Como retomaremos luego, esta obra también tiene otro rasgo sobresaliente. Aquí Quesada comienza a perfilar una imagen sobre el rosismo que rompe con los moldes que dominaban las interpretaciones hasta entonces. Así, por ejemplo, en sostiene que la calificación de tiranía sobre los gobiernos de Rosas es un argumento falaz pues sus gobiernos siempre mantuvieron formas “aparentemente constitucionales”.²⁸ Al mismo tiempo, en las explicaciones sobre el asesinato de Acha, desliga a Rosas de cualquier tipo de responsabilidad y conveniencia política en el hecho.

Si bien la historiografía se ha encargado de resaltar la polémica entre Quesada y Saldías, las denuncias públicas contra Pacheco anteceden y trascienden la disputa entre los intelectuales. Esos debates públicos le proveen a Quesada de las piezas documentales clave en virtud de la construcción de un sólido argumento historiográfico. En *La Decapitación de Acha* recuperó las intervenciones públicas que se venían manteniendo contra el militar rosista a través de diversos diarios como *El Nacional* y *La Tribuna*.²⁹ En junio de 1859, una nota publicada en el diario *El Nacional* responsabiliza a Pacheco sobre el crimen de Acha. Al mes siguiente en el periódico *La Tribuna*, los familiares del general rosista se encargan de desmentirlo citando una carta de José Félix Aldao (1785-1845)³⁰ que le había dirigido Rosas. Es interesante destacar que ese documento es ofrecido públicamente para su consulta en el domicilio particular de José Pacheco, el hijo del general rosista. En esa misiva, Aldao desliga de responsabilidades a Pacheco y asume la autoría sobre la muerte de Acha, a quien el mismo afirma que “mandé decapitar (...) y clavar su cabeza en un palo”.³¹ En 1868, la acusación resurge a partir de una nota de un oficial unitario. Otra vez en *La Tribuna*, José Pacheco vuelve a publicar la carta de Aldao. Como vemos, la fuente constituye una pieza crucial en la defensa pública de los Pacheco y en la argumentación historiográfica de Quesada.

²⁶ *Idem*.

²⁷ Ernesto Quesada, *La Época de Rosas*, 370.

²⁸ Ernesto Quesada, *La Decapitación de Acha*, 13.

²⁹ Entre 1852 y 1860 emergieron una gran cantidad de periódicos y publicaciones. Sobresalen *El Nacional* fue fundado en mayo de 1852 que se editó hasta el 28 de agosto de 1893 y el diario *La Tribuna*, editado entre 1853 y 1880 (Fabio Wasserman, “Prensa, política y orden social en Buenos Aires durante la década de 1850”, *Historia y Comunicación Social* 20 [2015], 173-187).

³⁰ José Félix Aldao fue un caudillo federal que gobernó la provincia de Mendoza entre 1841 y 1845.

³¹ Ernesto Quesada, *La Decapitación de Acha*, 26.

Según nuestro historiador, en esas dos oportunidades el documento sirvió para “callar la murmuración y aplastar la calumnia”.³²

Estas piezas documentales se suman a otras que Ernesto Quesada exhuma del archivo privado en pos de la limpieza familiar. En una carta enviada por Ángel Pacheco a su hijo José en 1853 le manifiesta el estigma que venía arrastrando por los rumores que hacían correr sus adversarios y se encarga de narrar los sucesos que antecedieron a la muerte de Acha. A su vez, le afirma que su interés era que Acha sea juzgado por un consejo de guerra, como se lo había indicado a Aldao. Cuenta que antes de que eso suceda, Acha fue encontrado por Aldao “por el camino y él lo hizo fusilar, de cuyos resultados lo traté tan mal, que tuvo que venirse a Buenos Aires, a quejarse a Rosas”.³³

Nuestro intelectual no se detiene allí y desempolva otros papeles del archivo familiar. Continúa la pesquisa y recupera un pedido de informe de 1857 por parte del juez del crimen de la Capital donde le solicita a Pacheco que se expida sobre la muerte de Acha. La respuesta del jefe rosista es contundente. Allí afirma que cuando llega al sitio donde estarían los prisioneros de guerra “supe que el general José Félix Aldao, entonces gobernador de Mendoza, lo había hecho fusilar”.³⁴ Esto nos muestra también la utilidad de las fuentes judiciales y el modo en el que las empleó Quesada en pos de la vindicación familiar. Esa declaración parece completar el cuadro junto a una comunicación de Aldao en la que termina de echar por tierra la culpabilidad de Pacheco. En esta carta del 12 de septiembre de 1841, en la que ambos debaten sobre el destino de Mariano Acha, Aldao le manifiesta que “yo soy de opinión que mejor sería limpiarlo”,³⁵ en clara alusión a que debía ser ejecutado.

Quesada también va recogiendo los testimonios de otros personajes de peso que participaron de aquellos sucesos. Aquí recurre al relato del militar Benjamín Villafañe (1815-1872), un testigo que participó de los sucesos. En su relato declara que Acha fue ejecutado por Aldao. También incluye una comunicación de otro testigo de los acontecimientos, el caudillo sanjuanino Nazario Benavídez (1805-1858) en la que afirma que los prisioneros de guerra, incluido Acha, estaban en manos de Aldao y no de Pacheco, como había afirmado Saldías.

Nuestro intelectual pretende demostrar de manera incesante que el honor de Pacheco estaba a salvo. En varios pasajes de *La Decapitación de Acha* recupera intercambios epistolares entre Rosas y Pacheco que pretenden mostrar el respeto mutuo y en buena medida un vínculo entre pares que, según Quesada, Rosas solamente mantenía con este jefe militar. En pos de exaltar la figura de Pacheco se esfuerza en destacar la lealtad del general rosista, su valentía, su coraje y el apego a la institucionalidad por encima de cualquier disputa partidaria. Es un relato que combina una exaltación heroica con la recuperación de la condición humana del personaje.

Una buena muestra de lo que para Quesada era la trayectoria intachable de Ángel Pacheco lo constituye una carta en rechazo a un presunto soborno ofrecido por el jefe del bando contrario, el General Gregorio Aráoz de Lamadrid (1795-1857).

³² Ernesto Quesada, *La Decapitación de Acha*, 27.

³³ Ángel Pacheco a José Pacheco: Montevideo, noviembre 6 de 1853 en Ernesto Quesada, *La Decapitación de Acha*, 61.

³⁴ Ernesto Quesada, *La Decapitación de Acha*, 65.

³⁵ Ernesto Quesada, *La Decapitación de Acha*, 57.

Vemos como Quesada fue ensamblando las piezas en función de comprobar, como él pretendía, la perfecta inocencia de Pacheco, actuando con la lente de un fiscal. Por medio de los intercambios epistolares consultados, la declaración en sede judicial y de los testimonios de figuras del período, logra concluir que Pacheco no se encontraba en el lugar de los hechos. En algún sentido, parecería seguir el camino de un abogado defensor que pretende quitar a su defendido de la escena de un crimen.

La circulación de discursos que buscan deslegitimar la figura de Pacheco se inserta en un marco más amplio de disputa por el pasado reciente, principalmente en relación a la figura de Rosas, sus gobiernos y los actores involucrados.³⁶ Como el mismo Quesada sostiene, los ataques hacia la figura de Pacheco formaban parte de una reacción antirrosista que exigían una acción de vindicación. Por ejemplo, en 1883 Manuel Bilbao publica la vindicación y las memorias del enjuiciado edecán de Rosas, Antonino Reyes (1813-1897). La defensa personal en sede judicial y la rehabilitación en el ámbito intelectual se correspondía con un deseo personal de desagravio de los propios sujetos, pero a su vez se integraba con un desafío más amplio de reescritura del pasado reciente.

En ese escenario, uno de los debates legislativos que tuvo lugar durante la década de 1850 se centró en la revisión de la política de tierras de donaciones y premios durante los gobiernos de Rosas. Esta situación involucró a Ángel Pacheco por tratarse de uno de los principales beneficiados. Una práctica muy habitual durante los gobiernos de Rosas era la de premiar con tierras a los militares leales que habían participado en la derrota de los adversarios.

Luego de Caseros³⁷ se inició un proceso de revisión de estas prácticas como parte de las políticas condenatorias hacia Rosas y a las figuras involucradas en sus gobiernos. Muchos personajes que habían sido beneficiados con estos premios se volcaron decididamente a favor de la causa que había triunfado el tres de febrero de 1852. Uno de los casos más emblemáticos fue el de Ángel Pacheco que rápidamente se acomodó a la nueva situación política ocupando cargos destacados en el nuevo gobierno, pero resultó el más perjudicado por estas nuevas disposiciones.³⁸ La revisión de las políticas de tierras de Rosas generó una variedad de proyectos de ley que, como explica Alejandro Eujanian,³⁹ estuvieron acompañados de intensos debates e incluso de escenas de tensión dentro del recinto legislativo. Finalmente, en 1858 la legislatura aprobó una ley que anuló 43 leguas que el militar rosista había recibido por donación y premio a la fidelidad⁴⁰.

³⁶ En ese proceso condenatorio del pasado rosista se incluyen el juicio a los mazorqueros y a Antonino Reyes, uno de los edecanes de Rosas, por los crímenes cometidos durante los años en que gobernó Rosas y los debates legislativos previos al juzgamiento del Restaurador.

³⁷ La batalla de Caseros del 3 de febrero de 1852 fue la derrota política y militar que puso fin al gobierno de Rosas y lo obligó al exilio en Inglaterra.

³⁸ Luego de la batalla de Caseros, Pacheco ocupó el cargo de inspector general de Armas, Ministro de Guerra del Estado de Buenos Aires y enviado por el servicio exterior al Brasil.

³⁹ Ver Alejandro Eujanian, *El pasado en el péndulo de la política: Rosas, la provincia y la nación en el debate político de Buenos Aires, 1852-1861* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2015).

⁴⁰ La Ley estableció la "anulación de todas las donaciones y premios, de cualquier clase o naturaleza, otorgados entre el 8 de diciembre de 1829 y el 3 de febrero de 1852", en María Elena Infesta y Marta Valencia, "Tierras, premios y donaciones", 200. Por lo que sabemos y hemos indagado, parte de ese patrimonio fue recuperado por los Pacheco. Quesada en 1893 aclara que con la ley de 1858 fueron declaradas fiscales, sacadas a la venta y la familia pudo "rescatar a duras penas lo que pudo", Ernesto

Las denuncias públicas contra Pacheco parecen haber tenido entonces una clara motivación vinculada con la confiscación de las tierras pertenecientes a la familia. En ese conflicto había intervenido José Pacheco (1825-1894), uno de los hijos de Ángel que, como dijimos, respondía personalmente las acusaciones que se vertían en la prensa periódica. Quesada se pregunta en *La Decapitación de Acha* si no sería esta la causa de aquella acusación. Este interrogante pone de manifiesto los modos a través de los cuales se construyeron los relatos luego de Caseros y las articulaciones que tuvieron con las disputas políticas del momento.⁴¹

La situación ventajosa en la que se hallaba Quesada al contar con el archivo familiar y con una biblioteca que llegó a contener más de 80 mil volúmenes lo acreditaba ante sus pares y lo facultaba a pregonar y ejercitar el oficio de historiador reivindicando la erudición y la interrogación de fuentes diversas. Quesada asumió el desafío como un compromiso con la memoria familiar en combinación con el ejercicio de una rigurosidad en el uso de la documentación y un examen exhaustivo de toda la bibliografía disponible sobre el tema.

Este el control del archivo familiar pone de manifiesto las tensiones y las dificultades en la construcción de fondos públicos administrados por el Estado Nacional y la reticencia de los particulares por ceder tales fondos a organismos públicos, incluso cuando mucho de los intelectuales del período formaban parte de la burocracia estatal.⁴² De hecho, como hemos indicado, Quesada sostenía la necesidad de preservar los papeles en manos privadas porque según él las pasiones políticas aún persistían con fuerza. Mas que un argumento historiográfico parecería ser una justificación para sostener esa ventaja que le otorgaban los documentos familiares. Algunas anécdotas que narró Quesada en una entrevista del año 1932 dieron cuenta de estas circunstancias y de su participación en estos canales informales a través de los cuales circulaban documentos históricos:

en una sesión de la Junta de Historia el gobierno nos comunicó una ley recién sancionada para publicar las actas secretas de determinado Congreso, pero agregando que los documentos no se encontraban; se nombró una comisión que buscara los originales, y se comprobó que no se encontraban en parte alguna. Ahora bien, yo sabía (NdA) que se hallaban en poder de un ex gobernador, quien me los había mostrado bajo palabra de reserva, de modo que no podía develar el misterio; tuve que limitarme a afirmar que la documentación existía (...) el nieto de un personaje me mostró en su caja de fierro, una serie de documentos reservados que su abuelo no había dejado en el ministerio, porque afectaban cierta reputación; mi consejo fue que dado el tiempo transcurrido, debían publicarse, devolviendo al Archivo los originales, y la lujosa publicación se hizo (...) un

Quesada, *La Decapitación de Acha*, 13. Incluso en 1867 dos años antes de morir, Pacheco cuenta con 23.000 hectáreas en Salto.

⁴¹ En esa operatoria intelectual que pretendía limpiar la memoria familiar parecería haber también una suerte de vindicación personal por parte de Quesada si tenemos en cuenta que su padre Vicente ocupó cargos políticos luego de la caída de Rosas, durante la Confederación Argentina. En sus memorias, Vicente recordaba los tiempos de Rosas como una época de tiranía. Esto nos lleva a formularnos el interrogante acerca de si la rehabilitación de Rosas y de Pacheco podría también pensarse como un modo de vindicación de Ernesto. En *La Época* se refiere a su padre como a “un testigo ocular” de aquellos tiempos y cita sus memorias a pie de página con el seudónimo de Víctor Gálvez, que él había empleado para firmar sus memorias. Por cuestiones de espacio y referidas con los objetivos de este trabajo dejamos pendiente este interrogante.

⁴² Además del caso de Quesada que ya señalamos, la trayectoria de José María Ramos Mejía es gráfica de esta situación. Puede verse Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la Historiografía* (Buenos Aires: Sudamericana, 2009).

amigo –que posee una excelente colección de libros y papeles- me mostró un regalo que le habían hecho, exigiéndome análoga reserva: era un ejemplar auténtico del Acuerdo de San Nicolás.⁴³

Quesada era consciente de tal informalidad y de lo que ello implicaba, incluso haciendo las alusiones con ciertos recaudos. Hay otra situación que también es muy gráfica de esta modalidad habitual en el acceso a los documentos cuando en 1899 nuestro intelectual mantiene un intercambio epistolar muy ameno y cubierto de elogios mutuos con Manuel Terrero, hijo de Manuelita Rosas y nieto de Juan Manuel. En una de las cartas, Quesada le solicita al nieto de Rosas el archivo de su abuelo. Manuel Terrero le respondió que parte de ese archivo ya había sido cedido por su madre al historiador Adolfo Saldías y que los materiales restantes ya le habían sido prometidos, con lo cual, ese asunto debería tratarlo personalmente con el Dr. Saldías.⁴⁴

El testimonio de Quesada y el contenido del intercambio epistolar ponen de manifiesto que los documentos y los archivos que los contienen nos permiten acercarnos al pasado, pero también nos convocan a interrogarnos acerca del modo en el que fueron producidos y las condiciones humanas que hicieron posible que lleguen a nosotros.

Como es conocido, el logro más destacado de los Quesada en materia de institucionalización que luego materializó Ernesto fue la donación de la biblioteca familiar a mediados de la década de 1920 al estado prusiano para la creación del Instituto Iberoamericano de Berlín. Ernesto dio cuenta de esos esfuerzos que incluso generaron una polémica en torno al destino de esos documentos.⁴⁵ En una entrevista publicada en la *Revista Nosotros* señalaba que

antes de remitir mi biblioteca a Alemania (...) hice sacar copia a máquina pasando al Archivo Nacional ciertos papeles de carácter especial.⁴⁶ Fue así que el valiosísimo Archivo Pacheco (que personalmente me había confiado el finado José Pacheco, hijo del General y muy cercano pariente mío) figura hoy encuadrado en una serie de volúmenes, original en el Archivo, habiendo quedado en mi poder otra serie de tomos con la copia autenticada del mismo”.⁴⁷

Hasta donde sabemos, parte de esa documentación que fue a Europa terminó destruida durante la Segunda Guerra Mundial. Si seguimos lo que nos dice Quesada como cierto, algunos de esos papeles que se perdieron deberían tener su copia en el Archivo General de la Nación. Como indica, es posible que haya hecho una clasificación de aquellos materiales que prefería preservar en sus manos de aquellos que deseaba donar al archivo público.

⁴³ Estos comentarios fueron recogidos de la entrevista de Humberto Vázquez-Machicado a Quesada en “Ernesto Quesada: su vida y su pensamiento actuales”, en *Nosotros*, año XVI, julio de 1932, no. 278, 236-237. La entrevista fue previamente citada y trabajada por Diego Pereyra en “Sociología e investigación social en la obra de Ernesto Quesada”.

⁴⁴ Ernesto Quesada, *Época de Rosas* (Buenos Aires: Casa Jacobo Peuser, 1923), 227-228.

⁴⁵ Algunas hipótesis de porque el gobierno argentino no retuvo la biblioteca de Quesada señalan que esto se debe al “rosismo” de Quesada como causa de exclusión y marginación (José Pérez Amuchástegui, “El historiador Ernesto Quesada”) o su apoyo a Alemania durante la Primera Guerra mundial. Sin embargo, es interesante poner el foco en el papel de intermediario cultural de Quesada y su esfuerzo en la formación de un espacio de construcción e intercambio cultural entre los dos continentes (Lila Bujaldón de Esteves, “Ernesto Quesada y Alemania”).

⁴⁶ De acuerdo con Reinhard Liehr, esta documentación del archivo Pacheco referida al período de Rosas fue destruida durante la segunda guerra mundial (Reinhard Liehr, “El fondo Quesada en el Instituto Iberoamericano de Berlín”).

⁴⁷ Humberto Vázquez-Machicado, “Ernesto Quesada: su vida y su pensamiento actuales”, 238.

De la lente microscópica a la síntesis

En su etapa de madurez intelectual, Quesada publicó en 1898 la primera edición de *La Época de Rosas, su verdadero carácter histórico*, que recogió parte de una variedad de trabajos sobre el pasado nacional publicados en la *Revista Nacional*, *La Biblioteca*, *El Tiempo*, *La Revista del Club Militar* y *La Quincena*. Luego fue publicada en 1923 por la Facultad de Filosofía y Letras con Narciso Binayán como editor en un volumen aniversario al cumplirse veinticinco años de su aparición y coincidente con la jubilación de Quesada como profesor universitario. En esta publicación se incorporó el trabajo *La evolución sociológica argentina*, de 1911, como introducción del libro, un apéndice con bibliografía crítica, un ensayo sobre el periodo de Rosas escrito por el editor, la crónica de Quesada sobre la entrevista con Rosas en 1873 y correspondencia mantenida entre Quesada y diversas figuras, entre ellas Manuel Terrero hijo. Nuevamente, *La Época* fue publicada en 1927 como primer tomo de la publicación *Época de Rosas*. En esta ocasión estuvo acompañada de otros cuatro libros que antes habían sido publicados en otros formatos y ahora formaban una colección de cinco tomos.⁴⁸ Los argumentos de estas cuatro obras recuperan contenidos del ya señalado *La Decapitación de Acha. El historiador Saldías y el general Pacheco*.

Más allá de las diferencias en cuanto al contenido y los objetivos en estas producciones, todas sus obras sobre el período de Rosas se caracterizaron por un fuerte desafío a las imágenes canónicas sobre el rosismo al proponer una lectura que rompía con la disputa binaria y condenatoria del caudillo federal. Según lo que explica en *La Época*, esa imagen sesgada se correspondía con la interpretación de los emigrados del partido unitario que había derivado en una imagen dominante sobre el pasado reciente.⁴⁹

La aparición de *La Época* en 1898 vino a ser, como se lo presenta en la edición aniversario de 1923, una herejía doctrinaria que puso en cuestión la imagen dominante sobre Rosas y su período. Sin mencionarlo, Quesada cuestionó la imagen construida por José María Ramos Mejía en *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, de 1878, imagen que Ramos retomó en *Las multitudes argentinas. Estudios de psicología colectiva*, de 1899 y en 1906 en *Rosas y su tiempo*. Quesada se alzó también, no solo contra la forma de calificar a Rosas por parte de Ramos sino también descalifica su metodología cuando declara que Ramos no hace historia sino *simple literatura de menor cuantía*, ya que "los médicos, cuando se disfrazan de historiadores, usan y abusan del arsenal esotérico de nombres de enfermedades".⁵⁰

Si bien el uso meticuloso de la documentación y el acceso al debate historiográfico ya se advierte desde *La Decapitación de Acha*, en *La Época* de 1898 y por medio de una mirada de conjunto logró una síntesis de los estudios más específicos que fue produciendo desde 1893. Según Quesada, su método empleado en los trabajos

⁴⁸ Ernesto Quesada, *La Época de Rosas*. Vol. 1 (Buenos Aires: Artes y Letras, 1927a); Ernesto Quesada, *Lamadrid y la coalición del norte. Época de Rosas*. Vol. 2 (Buenos Aires: Artes y Letras, 1927b); Ernesto Quesada, *Lavalle y la batalla de Quebracho Herrado. Época de Rosas*, Vol. 3 (Buenos Aires: Artes y Letras, 1927c); Ernesto Quesada, *Pacheco y la campaña de Cuyo. Época de Rosas*, Vol. 4 (Buenos Aires: Artes y Letras, 1927d); Ernesto Quesada, *Acha y la batalla de Angaco. Época de Rosas*, Vol. 3 (Buenos Aires: Artes y Letras, 1927e).

⁴⁹ Oscar Terán ha dicho que Quesada define y conceptualiza a Rosas como un personaje que tiene derecho a incorporarse al legado legítimo de una nación en construcción. Oscar Terán, "Ernesto Quesada: archivar e historiar (la patria)", *La Biblioteca*, no. 1 (2004/2005): 150-155.

⁵⁰ Ernesto Quesada, *La Época de Rosas (1927a)*, 83.

sobre las guerras civiles tiene la ventaja de “iluminar todos los rincones del cuadro pero tiene también el inconveniente de que la mirada de conjunto desaparece por el abuso de la lente microscópica”.⁵¹ Las indagaciones exhaustivas que dominaron *La Decapitación de Acha* y sus trabajos monográficos constituyeron, entonces, la base de lo que fue la síntesis que logró consagrarse en *La Época* de 1898. En esta obra ya no están presentes la narración de sucesos políticos y militares y el uso exhaustivo de fuentes documentales que dominaron la argumentación de *La Decapitación de Acha*. En *La Época* las pretensiones intelectuales de Quesada están más centradas en las explicaciones de las condiciones sociales y políticas en las que se movieron los personajes. De acuerdo con este objetivo, se encarga por recoger producciones teóricas contemporáneas a la obra y en menor medida fuentes documentales del período rosista.

El concepto de época como explicación de las acciones de Rosas ocupa un lugar central en los argumentos de esta nueva obra. Si bien parecía estar presente en la obra ya señalada de Adolfo Saldías para explicar el período rosista e incluso en la defensa ensayada por el propio Rosas⁵² para justificar sus acciones de gobierno, en Quesada constituyen el centro de su argumentación.⁵³ De algún modo, logra sistematizar intelectualmente una idea que ya estaba presente en algunas explicaciones sobre el período.

No obstante, creemos y así como el mismo Quesada sostiene, que en esa imagen construida sobre el pasado influyeron en buena medida otros factores menos ligados a la tradición historiográfica y que tuvieron que ver con su experiencia personal. En aquel encuentro juvenil que mantuvo con Rosas, el líder exiliado argumentó que la normalización del país se demoró por la presión de los adversarios.

Si la idea de contexto es el núcleo de *La Época*, esto parece expresarse en un relato en el cual no son los actores los que modifican el curso de los acontecimientos, sino que estos actúan en función de ciertas condiciones que justifican sus acciones. Para el autor, Rosas fue “una consecuencia lógica del momento histórico que le tocó vivir”.⁵⁴ Un buen ejemplo de esa operatoria de Quesada es su lectura que supone que el error de los unitarios fue que quisieron imponer un sistema en el que el caudillismo y el federalismo eran lo que mejor se adaptaba a este medio. Estas explicaciones son recuperadas por nuestro intelectual también al sostener que las acciones de Rosas deben interpretarse sin eximirlo de su responsabilidad en el uso del terror.⁵⁵ Quesada desafía de ese modo la imagen dominante hasta entonces sobre Rosas y lo explica y lo comprende

⁵¹ Ernesto Quesada, *La Época de Rosas (1927a)*, 14.

⁵² Algunos ejemplos son la famosa carta de Rosas al caudillo riojano Facundo Quiroga (20/12/1834) en la que desestima la sanción de una Constitución y el contenido de la entrevista que mantuvo durante el exilio en Southampton 1873 con Vicente y Ernesto Quesada.

⁵³ Como ya ha sido estudiado, en Quesada hay una fuerte influencia del enfoque determinista de Hipólito Taine. Sin embargo, la preferencia por el historiador francés, que es reiteradamente citado y reivindicado por Quesada parecería ser más una orientación general de los intelectuales de fines del siglo XIX que una inclinación personal de nuestro investigador. Sobre esto puede verse Fernando Devoto, “Taine y Les origines de la France contemporaine en dos historiografías finiseculares”, en *Entre Taine y Braudel*, de Fernando Devoto (Buenos Aires: Biblos, 1992), 11-45. A su vez, *La Época* está permeada por cierto clima de ideas dominantes en el mundo cultural de fines del siglo XIX. Se torna complejo definir a Quesada como un intelectual positivista. Más bien habría que pensarlo como parte del período en el cual predominó el positivismismo o bien como un hombre de la cultura científica, como definió Terán en *Vida Intelectual...*

⁵⁴ Ernesto Quesada, *La Época de Rosas*, 306.

⁵⁵ Ernesto Quesada, *La Época de Rosas*, 380.

como la figura que vino a ocupar el lugar de autoritarismo que demandaba una sociedad en crisis.

Reflexiones finales

Ernesto Quesada buscó interrogar a la historia reciente desde una mirada que pretendía sobreponerse a los prejuicios y a las rivalidades que permanecían vigentes y que tornaban difusos los límites entre la historiografía y la política. El esfuerzo por limpiar la memoria familiar por medio de la utilización y la interrogación de fuentes diversas de ningún modo invalidaría a su obra como una contribución a la historiografía nacional. Tal vez esta haya sido una de las principales contribuciones de Quesada en la construcción del campo historiográfico. Queda claro a esta altura que la rehabilitación de la figura Pacheco estaba anudada con el desafío por escribir el pasado nacional en un escenario en el cual las tensiones y las pasiones políticas persistían con fuerza.

En *La Decapitación de Acha* de 1893, Quesada actuó en defensa de la memoria familiar interviniendo en el debate sobre el pasado reciente. Pudo lograr esa tarea por medio de nuevos modos de aproximarse e interrogar al pasado reciente con reglas que definían su tarea como historiador. Nos ha interesado *La Época* puesto que funcionó como síntesis de ese oficio que había iniciado a principios de la década de 1890 y porque allí termina de darle forma a una mirada transgresora sobre Rosas y sus gobiernos respecto a las explicaciones dominante durante ese periodo.

Ese desafío parece quedar claro cuando Quesada da cuenta de la necesidad de contrastar y matizar lo que las fuentes señalan cuando en *La Época* planteaba la obligación de buscar "el documento, el texto, la confesión involuntaria de una carta, de un papel, lo escrito cuando no se soñaba con la posteridad sino cuando se obraba con las pasiones del momento"⁵⁶. Como vimos, en este plano, nuestro intelectual corría con una gran ventaja al contar con los papeles privados de Ángel Pacheco y por su participación en circuitos y redes informales que le permitían el acceso a documentos.

El corpus documental de los Pacheco tenía la singularidad de que estaba producido por uno de los actores que eran objeto de su investigación, que a la vez se había mantenido bajo su resguardo y luego había sido custodiado por sus descendientes. En esta operación reivindicatoria de Pacheco Quesada exhumaba las piezas documentales actuando como un fiscal en función de acallar las calumnias, como él proclamaba. Allí reside su apuesta metodológica más atractiva. Es esto lo que lo lleva a polemizar con Saldías y a preguntarse en las primeras hojas de *La Decapitación de Acha* "¿Es el Dr. Saldías un historiador?".

Parece posible preguntarnos si en la pluma de Quesada hay únicamente un deseo de reivindicación familiar o se asiste también ante un desafío mucho más amplio que involucra otros modos de reconstruir el pasado en pos de escribir una historia nacional. La interpretación y la rehabilitación de los personajes del pasado reciente formaban parte del complejo conflicto social y político del contexto de producción y en este plano Quesada supo reivindicar a Pacheco a través de una mirada rigurosa. Para ello se sirvió de un arsenal de fuentes diversas y como hemos pretendido mostrar, su interrogación contribuyó a la creación de un argumento historiográfico sólido.

⁵⁶ Ernesto Quesada, *La Época de Rosas*, 23.

Es por esto que creemos que su derrotero como intelectual es susceptible de ser pensado como una trayectoria en transición hacia la construcción de una historiografía nacional preocupada por el uso riguroso de la documentación y por el debate historiográfico. Estas pretensiones de Quesada son reveladoras del momento en el cual se hallaba la historiografía en Argentina en ese período que Halperín Donghi denominó como los treinta años en busca de un rumbo.⁵⁷

Bibliografía

Amuchástegui, José Pérez. “El historiador Ernesto Quesada”, en *La Argentina del Ochenta al Centenario*, editado por Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (Buenos Aires: Sudamericana, 1980), 841-850.

Bergel, Martín. “Ernesto Quesada o la ciencia como vocación”. *Políticas de la Memoria*, no. 8/9 (2008): 183 – 192, <http://ojs.politicadela memoria.cedinci.org/index.php/PM/issue/view/12>

Briesemeister, Dietrich. “El Instituto Iberoamericano de Berlín”. *Libros de México*, no. 36 (1995): 53-56.

Bruno, Paula. “Vida intelectual de la Argentina de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Un balance historiográfico”. *POLHIS. Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política* (2012): 69-91.

Buchbinder, Pablo. *Los Quesada; Letras, ciencias y política en Argentina, 1850-1934* (Buenos Aires: Edhasa, 2012).

Buchbinder, Pablo. “Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana E. Ravignani*, no. 14 (1996): 23-37.

Carbia, Rómulo. *Historia de la historiografía argentina*. Vol. 2 (La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1925).

Carreras, Sandra. “‘Spengler, Quesada y yo...’ Intercambio intelectual y relaciones personales entre la Argentina y Alemania”, en *Sin fronteras: encuentros de mujeres y hombres entre América Latina y Europa (siglos XIX-XX)*, edición de Eugenia Scarzanella y Mônica y Raisa Schpun (Frankfurt am Main: Vervuert/Madrid: Iberoamericana, 2007), 43-64, https://publications.iai.spk-berlin.de/receive/riai_mods_00000992

Devoto, Fernando. “Taine y Les origines de la France contemporaine en dos historiografías finiseculares”, en *Entre Taine y Braudel*, de Fernando Devoto (Buenos Aires: Biblos, 1992), 11-45.

⁵⁷ Tulio Halperin Donghi, “La historiografía: treinta años en busca de un rumbo”, en *La Argentina: del Ochenta al Centenario*, edición de Ezequiel Gallo y Gustavo Ferrari (Buenos Aires: Sudamericana, 1980), 829-849.

Devoto Fernando y Nora Pagano. *Historia de la Historiografía Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 2009).

Díaz, Antonio. *Historia política y militar de las repúblicas del Plata desde el año de 1828 hasta el de 186* (Montevideo: Imprenta de El Siglo, 1878).

Duve, Thomas. “El contexto alemán del pensamiento de Ernesto Quesada”. *Revista de Historia del Derecho*, no. 30 (2002): 175-199, <http://inhide.com.ar/portfolio/revista-de-historia-del-derecho-no-30-ano-2002/>

Echeverría, Olga. “Volver a Rosas: los intelectuales autoritarios y la compleja herencia positivista en la rehabilitación histórica del rosismo”. *Anuario IEHS* (1997): 443-467, <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/1997.html>

Esteves, Lila Bujaldón de. “Ernesto Quesada y Alemania: Un modelo de filia cultural”, *Ibero-amerikanisches Archiv* 16, no. 2 (1992): 261-272.

Eujanian, Alejandro. *El pasado en el péndulo de la política: Rosas, la provincia y la nación en el debate político de Buenos Aires, 1852-1861*(Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2015).

Eujanian, Alejandro y Alejandro Cattaruzza. “La cuestión de Rosas a fines del siglo XIX: Saldías y Quesada”, en *El brote de los géneros. De la Historia crítica de la literatura argentina*, Vol. 3, edición de Alejandra Laera (Buenos Aires: Emecé, 2010).

Eujanian, Alejandro y Alejandro Cattaruzza. *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960* (Madrid: Alianza, 2003).

Fradkin, Raúl. *¡Fusilaron a Dorrego! o cómo un alzamiento rural cambió el rumbo de la historia* (Buenos Aires: Sudamericana, 2008).

Halperin Donghi, Tulio. “La historiografía: treinta años en busca de un rumbo”, en *La Argentina: del Ochenta al Centenario*, edición de Ezequiel Gallo y Gustavo Ferrari (Buenos Aires: Sudamericana, 1980) ,829-849.

Infesta, María Elena y Marta Valencia. “Tierras, premios y donaciones, Buenos Aires, 1830-1860”. *Anuario IEHS*, no. 2 (1987): 177-213.

Liehr, Reinhard. “El fondo Quesada en el Instituto Iberoamericano de Berlín”. *Latin American Research Review* 18, no. 2 (1983): 125-133.

Pereyra, Diego. “Sociología e investigación social en la obra de Ernesto Quesada. Algunas reflexiones sobre la repercusión internacional de sus ideas y el desarrollo de las ciencias sociales en Argentina”, *Políticas de la memoria*, no. 8/9, (2008): 192-202, <http://ojs.politicasdela memoria.cedinci.org/index.php/PM/issue/view/12>

Quesada, Ernesto. *Acha y batalla de Angaco. Época de Rosas*, Vol. 5 (Buenos Aires: Artes y Letras, 1927).

Quesada, Ernesto. *Época de Rosas* (Buenos Aires: Casa Jacobo Peuser, 1923).

Quesada, Ernesto. *La batalla de Ituzaingó* (Buenos Aires: Compañía Sud Americana de Billetes de Banco, 1893).

Quesada, Ernesto. *La Decapitación de Acha. El historiador Saldías y el general Pacheco* (Buenos Aires: Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, 1893).

Quesada, Ernesto. “La enseñanza de la historia en las universidades alemanas”, *Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines* (UNLP) 9, no. 25 (1911): 48-55.

Quesada, Ernesto. *La época de Rosas. Su verdadero carácter histórico* (Buenos Aires: Arnoldo Moen, 1898).

Quesada, Ernesto. “La guerra civil argentina, Campaña de cuyo (1841)”, *Revista del Club Militar* 1 (1894).

Quesada, Ernesto. *La Época de Rosas*. Vol. 1 (Buenos Aires: Artes y Letras, 1927a).

Quesada, Ernesto. *Lamadrid y la coalición del norte. Época de Rosas*. Vol. 2 (Buenos Aires: Artes y Letras, 1927b).

Quesada, Ernesto. *Lavalle y la batalla de Quebracho Herrado. Época de Rosas*, Vol. 3 (Buenos Aires: Artes y Letras, 1927c).

Quesada, Ernesto. *Pacheco y la campaña de Cuyo. Época de Rosas*, Vol. 4 (Buenos Aires: Artes y Letras, 1927d).

Quesada, Ernesto. *Acha y la batalla de Angaco. Época de Rosas*, Vol. 5 (Buenos Aires: Artes y Letras, 1927e).

Rosa, José María. *El revisionismo responde* (Buenos Aires: Ediciones Pampa y Cielo, 1964).

Saldías, Adolfo. *Historia de la Confederación Argentina; Rozas y su época*, Vol. 2 (Buenos Aires: Lajouane, 1892).

Scenna, Miguel Ángel. *Los que escribieron nuestra historia* (Buenos Aires: Ediciones La Bastilla, 1976).

Terán, Oscar. “Ernesto Quesada: archivar e historiar (la patria)”, *La Biblioteca*, no. 1 (2004/2005): 150-155.

Terán, Oscar. *Vida intelectual en el Buenos Aires de fin de siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000).

Vázquez-Machicado, Humberto. “Ernesto Quesada: su vida y su pensamiento actuales”, *Nosotros*, no. XVI (julio 1932): 217-245.

Wasserman, Fabio. “Prensa, política y orden social en Buenos Aires durante la década de 1850”, *Historia y Comunicación Social* 20 (2015): 173-187, <https://revistas.ucm.es/index.php/HICS/article/view/49554>

Zimmermann, Eduardo. “Ernesto Quesada, La época de Rosas, y el reformismo”, en *La historiografía argentina en el siglo XX*, edición de Fernando Devoto (Buenos aires: Centro Editor de América Latina, 1993), 37-63.

Zinny, Antonio. *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas* (Buenos Aires: Administración General, 1920).

Perfil Académico

Dante Barbato es Licenciado en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Es becario doctoral por la (UBA) con sede en el Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani". Las líneas de investigación están centradas en los liderazgos y mediaciones en la conformación del orden rosista, durante el periodo 1829-1839, en la provincia de Buenos Aires.

Academic Profile

Dante Barbato has a degree in History from the University of Buenos Aires (UBA). He is a doctoral fellow at the UBA located in the Institute of Argentine and American History “Dr. Emilio Ravignani”. The lines of research are focused on leaderships and mediations in the conformation of the rosista order, during 1829-1839 in the province of Buenos Aires.

Fecha de recepción: 17 de noviembre de 2020

Fecha de aceptación: 22 de junio de 2021

Publicación: 30 de junio de 2021

Para citar este artículo: Dante Barbato, “Ernesto Quesada: una trayectoria en transición. La escritura de la historia familiar y la construcción de la historiografía en Argentina”, *Historiografías*, 21 (enero-junio, 2021), pp.141-159.